

Utopías agrarias:

Universalidad, exclusión y naturaleza

Hugo Achugar¹

150

Antes de comenzar, quizás convenga establecer lo obvio: no soy un hombre del campo; por lo contrario, soy un hombre de la ciudad letrada. Mi relación con el tema de las utopías agrarias está ligada a una antigua relación con el sueño de una sociedad justa. Sueño que se fue uniendo con los avatares de la historia de mi país, Uruguay, y con los avatares de los deseos y fracasos que definieron la vida de nuestros países latinoamericanos. La reflexión que sigue tiene que ver más con esta realidad contemporánea y con las posibilidades de la utopía en el presente que con la problemática concreta de la sociedad brasileña.

A modo de introducción

Hace ya más de cincuenta años, el niño que una vez fui caminaba cierta mañana preocupado en no dejar caer un frasco de vidrio, en el cual llevaba el germinador que la maestra me había ordenado como el deber escolar de esa semana. Se trataba de un frasco de boca grande y alto, minuciosamente limpiado del dulce que había conservado hasta ese momento, que contenía ahora en el fondo un pequeño pedazo de algodón,

¹ Hugo Achugar (Uruguay) es escritor, poeta, narrador y ensayista. Doctorado en University of Pittsburgh en Literatura Latinoamericana, ha enseñado en la Facultad de Humanidades de la Universidad de la República (Uruguay), así como en varias universidades de Venezuela, Estados Unidos, España y Brasil. Ha recibido varios premios tanto por sus ensayos críticos como por su poesía. Actualmente dirige la Maestría en Políticas Culturales del Cure-Udelar en Uruguay. Es Profesor Emeritus en la University of Miami.

levemente humedecido, sobre el que se veían algunas lentejas y unos pocos frijoles, que, en el transcurso de los días, habían comenzado a germinar. La preocupación y el cuidado con la fragilidad del frasco de vidrio eran, en los inicios de los años 1950, mi primer y único contacto con lo que más tarde sería identificado como una conciencia ecológica y con la preservación del medio ambiente. Palabras como “ecosistema”, “equilibrio ecológico”, “agro-ecología” y otras similares no formaban parte de mi educación.

Por esa época tampoco tenía la menor idea de que existiese una palabra llamada “utopía”. Esa palabra no existía en mi educación y mucho menos en mis solitarios juegos. Lo más cerca de la utopía que alcancé -en un sentido banal y lúdico- era la esperanza, o la certeza, de que cada seis de enero llegarían los tres Reyes Magos, trayendo sus regalos para los niños.

Simultáneamente con el proceso educativo del germinador y durante esos mismos años, entré en contacto con la lectura de un relato que me marcó de manera significativa. Se trató de la historia de *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe (2004). La aventura solitaria de aquel hombre que sobrevive gracias a su tremenda fuerza de voluntad y a la compañía de Viernes, hacía que mi imaginación volara ampliamente, porque era la historia de un individuo que, carente de los supuestos beneficios de la civilización occidental, conseguía sobrevivir en relativa armonía con la naturaleza. Solo mucho tiempo después fue que comprendí que las indiscutibles proezas de Robinson no suponían únicamente la compañía amigable de Viernes, sino principalmente su explotación. La vida heroica del protagonista de aquella novela tenía relación con el sufrimiento y con la “civilización” de un aparente “salvaje”.

El desencanto con la ingenuidad de mi primera lectura vino junto con otra, que estaba ligado, de cierto modo, con la de mi germinador. En ambos casos estaba la presencia de algo artificial, aunque aquellas experiencias conllevaran una enseñanza: el sueño -o la esperanza- de crear una vida armoniosa podía y debía tener otros modos de convertirse en realidad que no pasaran por la explotación de un ser humano, ni tampoco por el aprisionamiento de la naturaleza dentro de un frasco de vidrio.

Sobre la utopía, la armonía y la esperanza en tiempos de globalización

La imperdonable referencia autobiográfica se justifica solamente, en esta ocasión, como una puerta de entrada a esta reflexión colectiva, para la que fui convocado, sobre las “utopías agrarias” en un seminario en la UFMG en 2006. Tal vez, en cierto sentido, la inocencia de la anécdota infantil que acabo de evocar lleve implícita la idea de una apuesta al futuro. Al exigirme que construyera un germinador, la maestra estaba tratando de enseñarme que era posible construir un futuro productivo. La lectura de *Robinson Crusoe* de Defoe se vinculaba con un desafío, el de imaginar una sociedad sin relaciones de explotación o subordinación. De algún modo, es de eso de lo que se trata cuando enseñamos, cuando nos atrevemos a soñar, cuando imaginamos que es posible un futuro mejor.

152

El problema es que esa falsa naturaleza del germinador, ese simulacro de cultivo, ese juego educativo del laboratorio escolar no siempre termina por construir un futuro mejor. Soñar o imaginar el futuro son prácticas que acompañan a la humanidad desde que tenemos noticias: futuros maravillosos, plenos de armonía, en los que el ser humano encuentra o construye un edén paradisíaco; aunque también hay futuros sombríos en los que la sociedad y la naturaleza aparecen degradados. Algunos sueños intentan educarnos para la esperanza, hay otros que lo hacen por medio del horror del *Apocalipsis*; en todos los casos, universalidad, exclusión y naturaleza interactúan de una manera significativa.

La invitación para esta reunión afirma: *hay momentos en los que muchos supieron tejer con el medioambiente encuentros armoniosos, guiados por la celebración*. Estos momentos de armonía, estas instancias de celebración son algunas de las formas por medio de las cuales el sueño de la humanidad expresaba su aspiración de un futuro mejor. En general, han sido momentos posteriores a guerras prolongadas: las *Geórgicas* de Virgilio (1989) aparecen en medio de la llamada *pax romana*, cuando el imperio se afirmaba y la “Silva a la agricultura de la zona tórrida” de Andrés Bello fue escrita en 1826 (BELLO, 1962), cuando la independencia de los países hispanoamericanos comenzaba a consolidarse y los americanos se lanzaban

a imaginar un futuro de trabajo en armonía con la naturaleza, como un modo de superar la guerra.

Pensar el futuro o la paz, para estos autores que hablaban desde el poder o desde las elites, era pensar en el trabajo armonioso, era imaginar una convivencia pacífica con la naturaleza sin cuestionar las relaciones sociales. Lo imaginado por Virgilio, o por Andrés Bello, no equivale necesariamente a lo que acordamos llamar “utopías agrarias”, en el sentido de una suerte de armonía plena con justicia social.

En realidad, las llamadas “utopías agrarias” han estimulado la imaginación de los seres humanos desde tiempos remotos. Platón, Tomás Moro, Tommaso Campanella, Francis Bacon, Jeremy Bentham y muchos otros -incluyendo a Defoe y su *Libertatia* (2003), como veremos más adelante- describieron o soñaron con sus diferentes utopías, así como hubo otras muchas que la memoria no registró, o cuyo olvido fue decidido por los vencedores de siempre, quienes las destinaron al basurero de la historia.

153

La cuestión, sin embargo, no es tanto escribir la historia de las utopías, sino pensarlas hoy, en los comienzos del siglo XXI, cuando la imaginación o el pensamiento se ven desafiados por la mundialización cultural y por la globalización económico-financiera.² Al final de cuentas, las utopías imaginadas en el pasado lejano, o incluso en tiempos más recientes, fueron realizadas en otras condiciones socio-históricas y, específicamente, por individuos o sujetos sociales que mantienen un escaso contacto con los actores sociales del presente.

De lo anterior surge la primera pregunta: ¿a partir de cuándo es posible pensar la utopía en estos comienzos del siglo XXI? No me refiero solamente al espacio físico o político -sea Brasil, Uruguay, el Mercosur o América Latina- sino a ese ámbito, ese lugar social en el cual el imaginario colectivo diseña o esboza la esperanza. Porque, a pesar de que se haya

² Revisadas estas páginas en medio de la pandemia (2019-2021), parece imposible e inmoral no señalar que la globalización de que hablara en la primera versión está malherida; su cara más siniestra se muestra o se nombra COVID-19 y las inequidades generadas por este a nivel mundial. Pero, además, esta pandemia ha puesto a la misma globalización en revisión y ha sido la ocasión de múltiples debates que no caben en esta ocasión.

repetido hasta el cansancio que “utopía” significa el “no-lugar”, también se ha afirmado que la utopía está armada en función del “principio esperanza”, acuñado por Ernst Bloch.³

De este modo, ¿a partir de qué lugar pensar la utopía, a partir de dónde ejercer el “principio esperanza” en este mundo actual, en el que se venden, se ofrecen y se mercantilizan innumerables formas de un mundo mejor? ¿Cómo identificar las utopías en este supermercado contemporáneo, en el que nos prometen tanto el final del hambre como la revolución verde, la producción genética infinita de alimentos, la cura de todas las enfermedades, el compartir universal y democrático de los bienes? ¿Cómo identificar la esperanza de un futuro ideal -sin desigualdades ni excluidos- cuando las conquistas de algunas aspiraciones tienen como contrapartida la degradación del planeta, el sometimiento de los más débiles o el desconocimiento del otro y la preservación del *status quo*? ¿Cómo pensar en la utopía agraria en un mundo que avanza inexorablemente hacia una urbanización generalizada y a la fabricación de la esperanza en laboratorios?

154

En este sentido, la utopía de algunos parece ser, hoy en día, la pesadilla de otros. La utopía concreta, proclamada por Bloch, aspiraba no a un futuro por venir sino a un futuro al alcance de la mano, un futuro posible. ¿Cuáles son las posibilidades de la utopía en un mundo en el que se intenta transformar, de modo implacable, el ciudadano en consumidor? Para algunos, en estos tiempos la utopía consiste en el libre acceso al mercado consumidor; en esta línea de pensamiento, la utopía concreta aparece como la posibilidad de que todos podamos comprar *jeans*, televisores enormes, comida enlatada y ultra procesada, imágenes mediáticas del mundo esplendoroso de los satisfechos. Para otros, así lo decía la invitación a este encuentro: “*a natureza é também um espaço vital. Particularmente, a terra é o lugar onde se vive e onde foram enterrados nossos antepassados; onde se planta e de onde se retira o sustento para o corpo; é um lugar sagrado*”.

³ “En tanto que no hay en absoluto ninguna construcción consciente de la historia, en cuya ruta y tendencia el objetivo no sea también todo, el concepto utópico y de principio –en el buen sentido de la palabra– de la esperanza y de sus contenidos humanos es, sin más, un concepto central” (BLOCH, 1997, p.19). Consultar además, la sección que Bloch dedica a “la función utópica”.

para ser contemplado e cuidado". Esta tierra, esta naturaleza apegada a la tradición y a la vida cotidiana nada tiene que ver con la utopía de ese espacio virtual, que constituye el presente: la utopía global de Internet es ajena a una naturaleza entendida como espacio vital.

Los desplazamientos, las migraciones forzadas, voluntarias o relativamente voluntarias, no ocurren en la actualidad como sucedía antiguamente. Las migraciones y los desplazamientos del presente, inclusive si consideráramos las comunicaciones que la tecnología contemporánea permite, implican un corte radical con la sagrada tierra de origen. El culto a la tradición se ve hoy altamente desafiado por esta especie de "nuevas utopías falaces" en "busca de mejores horizontes", alentadas por el mercado y por el acceso universal al usufructo de los "avances" del mundo contemporáneo, tal como aparece representado en los medios de comunicación masivos, especialmente en la televisión.

155

La utopía del mercado y del consumo universal se contrapone a la utopía de la preservación de la tierra, del hogar, del ámbito local. Entre otras razones, por el hecho de que la universalidad del consumo de esta sociedad globalizada es una universalidad fallida; y una universalidad es aquella que pretende la equiparación del planeta en función de un mercado al cual no todos podemos tener acceso.

Pensar, entonces, en la utopía a partir de este comienzo del siglo XXI y en unas circunstancias en las cuales el mundo se achicó debido a la mundialización cultural y a la globalización económica, implica pensar en una sociedad en la que la universalidad de la armonía sea posible. Una universalidad de la armonía en la que no existan, por una parte Robinson Crusoe y, por el otro, los Viernes sometidos. Pensar la utopía como un lugar o como un proyecto de un futuro concreto, pasible de ser alcanzado, y no como un horizonte irrealizable; pensar la utopía no como un "no lugar" que apenas posibilita la crítica del presente, sino como proyecto posible y, sobre todo, sustentable en este comienzo de siglo, presenta múltiples desafíos: en primer lugar, el de la utopía sin exclusiones.

La utopía entre el universalismo y la exclusión

La utópica isla de Tomas Moro (1989) o todos los “no lugares” característicos de las utopías -soñadas o incluso realizadas, independientemente de su fracaso o de su realización- ofrecían una universalidad fundamental. O, al menos, eso era lo que cierta propaganda garantizaba. La isla de Robinson Crusoe no fue una isla utópica, aunque algunos puedan haberla pensado de esa manera.

El habitante o el ciudadano presupuesto por las innumerables utopías debería alcanzar un grado de universalidad que no conociera exclusiones. Dicho de otro modo, suponer el conocimiento de algunos valores no relacionados con los factores excluyentes. No que no hubiese excluidos o que no existieran excepciones en las diferentes versiones de esos “no lugares”, paradigmáticos de lo que se solía o suele entender como utópicos; en algunos casos, había esclavos habitantes en este tipo de sociedades. Sin embargo, como esos esclavos no eran considerados “ciudadanos”, no estaban incluidos en la armonía universal de esas sociedades utópicas.

156

Para decirlo de otro modo, al pensar en la utopía en este comienzo del siglo XXI, no es posible imaginar que esa sociedad futura sea un espacio en que exista la posibilidad de cualquier tipo de exclusión. Esto no parece ser ninguna novedad, porque prácticamente nadie hoy en día defiende la exclusión, salvo aquellos que construyen muros en diferentes partes del planeta. Sin embargo, hay otro tipo de muros que, a pesar de los discursos políticamente correctos de la mayoría de los actores políticos y sociales, continúan siendo construidos. Hay distintos tipos de muros en nuestras sociedades, y una utopía concreta, no la utopía como discurso de la censura del presente, sino una utopía realizable que no admite la existencia de ningún tipo de muro, ya sea real, virtual, simbólico o encubierto.

Utopía y exclusión son nociones antagónicas. No pueden ser pronunciadas en una misma frase: el núcleo duro de la utopía no admite siquiera la sospecha de la exclusión. Esta parece ser la concepción que -en medio de las luchas de los distintos movimientos sociales que han caracterizado estas últimas décadas- se habría consolidado como una

aspiración que tiene un amplio consenso. Hoy es inadmisibles soñar o defender mininamente una sociedad que admita la exclusión. No se admite la exclusión, no importa de qué tipo sea, como fundamento de una sociedad armónica. Es por eso que la universalidad del acceso y de los derechos se ha vuelto un elemento central de toda utopía imaginable en los inicios de este nuevo siglo. En realidad, la utopía supone el principio de la convivencia socialmente justa, tanto como la armonía entre los seres humanos y la naturaleza.

La contemporánea utopía del mercado y del consumo universal es radicalmente falaz, porque, implícita en la idea del acceso universal al mercado basado en la ausencia de obstáculos está oculta la imposibilidad de la inclusión de la totalidad de los individuos. Solamente son los habitantes - o ciudadanos- del mercado los que pueden consumir. Solamente pueden ingresar en los espacios cerrados de los templos del mercado -es decir, los *shoppings* y similares- los que poseen la ciudadanía del consumo. En definitiva, pasear por el mercado como si se estuviese en una plaza no significa ser ciudadano, porque los esclavos también paseaban por la ciudad sin que tuviesen derecho a decidir o a tomar parte, en la sociedad o en el *ágora*, donde se ejercía la ciudadanía.

157

Acceso, participación, justicia y equidad parecen ser los principios que definen la noción de la utopía. Sin embargo, en la propia constitución del mercado esos cuatro principios funcionan de modo radicalmente diferente.

El acceso -entendido como la inexistencia de obstáculos o muros para habitar tanto el mercado como el *ágora* de una sociedad utópica- aun cuando en ambas situaciones sea universal, no funciona del mismo modo para todas las personas. En el caso del mercado, existe una condición previa que implica poseer los medios -llámense dinero o instrumento de cambio- que permitan ejercitar su característica central, es decir, el gasto o el consumo. En el caso de una sociedad utópica, no debería existir, al menos si se propone la inexistencia de cualquier tipo de impedimento para ser feliz, lo que es la mayor condición o aspiración de toda utopía. En una sociedad utópica nadie puede ser discriminado o impedido de disfrutar, así como

tener acceso a los bienes de la sociedad, por carecer de los medios de intercambio o por pertenecer a una determinada minoría.

La participación es otro elemento -estrechamente vinculado al acceso- que diferencia la sociedad consumista del mercado de la sociedad armónica de la sociedad de la utopía. Sin embargo, la participación no se vincula solamente a la capacidad de compra o de consumo, sino que tiene que ver con el conocimiento de los derechos y con una educación que permita a las personas no ser manipuladas por este mismo mercado. En ese sentido, en la sociedad utópica todo habitante de la ciudad, o de ese universo armónico, participa con pleno conocimiento de sus derechos y de sus obligaciones sin ser objeto de manipulaciones por las instituciones, las situaciones o los individuos que imponen decisiones sin su consentimiento o su intervención. Habitar la ciudad utópica sin disponer de información o de instrumentos de sobrevivencia, no permite la transformación de un universo hostil en una casa acogedora. De manera general, al pensarse en una utopía se está hablando de la capacidad de transferir al universo o al espacio habitado, las mismas características afectivas que existen en el interior de una casa, del hogar.

158

Justicia y equidad están entrelazadas. Parece innecesario señalar, a estas alturas, que los términos de intercambio del mercado en este mundo globalizado que habitamos no siempre son justos ni equitativos. Subsidios, fragmentación, grietas y diferencias en la calidad y disponibilidad de los bienes en el escenario global demuestran que mientras unos tienen posibilidades casi inmediatas de acceso a los intercambios justos y equitativos, otros países o individuos viven en situaciones de desigualdad y de injusticia que rozan el agravio y el desprecio por la condición humana. Por eso, la universalidad de la equidad o de la justicia ha sido y continuará siendo una de las condiciones fundamentales de toda ciudad o sociedad soñada o, incluso, pensada como utópica.

Aunque, sin duda una de las mayores tensiones enfrentadas en el proyecto de una sociedad utópica que resuma o incluya, de algún modo, todos los elementos analizados hasta ahora, es la existente entre la justicia y la libertad. ¿Es posible la coexistencia armónica entre justicia y libertad,

entre equidad y participación, entre acceso universal y ciudadanía en una sociedad utópica? O, parafraseando a Bloch, ¿es posible soñar con una sociedad que realice de un modo concreto la utopía de armonizar justicia y libertad?

¿Qué implica la existencia de una justicia universal conviviendo armoniosamente con una libertad irrestricta? Algunas de las sociedades que en el pasado se propusieron o intentaron construirse como “repúblicas” o “estados de justicia”, enfrentaron obstáculos para eliminar la tensión entre justicia y libertad. Entre otros argumentos esgrimidos, estaba la idea de que la libertad debía inclinarse ante la equidad o el ejercicio de la justicia social; para obtener lo primero, era necesario sacrificar lo segundo. Teníamos justicia social sin libertad o teníamos una “libertad diferente”, a cambio de una distribución equitativa de los bienes sociales. Esos tipos de sociedades, supuestamente utópicas, actualmente ya no nos satisfacen, a pesar de que algunos hayamos sido, hace años, nostálgicos de los años sesenta y mantengamos una relativa solidaridad con un proyecto utópico que pudo o debió haber sido mejor. Ya no nos satisfacen porque la utopía no es fija y permanente. La utopía también evoluciona y establece paradigmas y valores de acuerdo con el momento y el desarrollo histórico de las sociedades.

159

Existen tensiones en nuestras sociedades contemporáneas que deben y tienen que ser resueltas en una sociedad utópica concreta, de acuerdo con el momento histórico que vivimos, en estas primeras décadas del siglo XXI. Es imposible pensar, actualmente, en una sociedad utópica con “ideas fuera de lugar”, como señaló con lucidez Roberto Schwarz en relación con lo que sucedía en la sociedad brasileña de finales del siglo XIX (1992).

Esta y otras tensiones son las que nunca fueron resueltas. Todavía estamos pensando con “ideas fuera de lugar”. Estas tensiones están presentes y son justificadas en el mercado global; su resolución no parece formar parte de la agenda armónica universal de la utopía contemporánea, porque esta sociedad global -en sus innumerables intentos de concretar una pseudo universalidad democrática en la que, se nos dice, hemos vivido a lo largo de los siglos- siempre justificó la imposibilidad de resolver estas desigualdades o tensiones.

Por eso la propuesta de que el individuo, habitante o ciudadano de una sociedad armónica o utópica, no pueda ser simplemente el mismo ser humano de siempre. Por eso la necesidad de educar y de transformar este individuo en un “hombre nuevo” -en palabras del “Che” Guevara- el mayor desafío de toda utopía que radica en la transformación del propio ser humano. Un “hombre nuevo” que tal vez ya no sea igual al imaginado por el “Che”, entre otras razones porque el “hombre nuevo” de hoy también es mujer o puede escapar a identidades binarias de antes y también puede poseer otro tipo de universalidad que implica el reconocimiento de “universalidades particulares”.⁴

Algo de todo esto tiene que ver, en este punto, con la propia condición o naturaleza humana. La aspiración por una sociedad armónica implica lograr un individuo armonioso. Aun cuando un individuo armonioso sólo puede existir por la armonía de su entorno social y natural; un individuo armonioso sólo puede existir en el intento de resolver las tensiones de su momento histórico, es decir, dejando atrás o superando las incongruencias de la sociedad que intenta abandonar.

160

El sujeto de la utopía

De cierto modo, es posible pensar que el programa de la modernidad en Occidente consistió en la racionalización de la naturaleza. Podríamos afirmar que la lucha de la modernidad fue, en gran medida, la sumisión de la naturaleza a los designios de la racionalidad humana, supuestamente divina. En otras palabras, la modernidad buscó introducir una racionalidad armónica en el interior de una naturaleza que percibía como conflictiva y amenazante para el ser humano.

La mayor parte de los esfuerzos occidentales, en sus intentos de armonizar racionalmente la armonía natural preexistente terminó en rotundos fracasos: la eliminación de las tradicionales aguas puras y

⁴ En un sentido parecido a lo afirmado por Judith Butler en “Restaging the Universal: Hegemony and the Limits of Formalism” (2000).

cristalinas; la degradación de los equilibrios ecológicos o la sobreexplotación de los recursos naturales son algunos ejemplos.

Sin embargo, también sabemos que el cultivo humano contribuyó en muchos casos a erradicar el hambre, las sequías y muchos otros problemas. Pero esa historia tuvo muchos otros actores y es importante destacar que, hoy en día, poner en práctica proyectos que prevén la existencia de una relación armónica con la naturaleza implica, en primer lugar, el reconocimiento de que es importante considerar temas e intereses del conjunto de los seres humanos; intereses que se enfrentan con quienes se rigen por el provecho financiero y por la maximización de la productividad económica.

¿En qué consistiría, en la actualidad, la realización de una utopía agraria o de un universo armónico y equitativo a nivel social, cuando las demandas y los desafíos son innumerables y existen enfrentamientos también entre distintos actores? Pero, fundamentalmente, ¿quién debe formular o realizar esta utopía agraria? ¿El estado benefactor, los campesinos, los letrados, la sociedad o todos los ciudadanos en conjunto?

161

Definitivamente, para poder realizar o proyectar una utopía agraria en nuestros días, el primer problema radica en definir el sujeto de esta utopía. ¿Quién está en condiciones de ser o debería ser el sujeto de esta utopía? ¿Cómo asegurar su carácter inclusivo y universal? ¿Sobre qué bases se decidirán los criterios y los valores de una naturaleza armónica? Y, fundamentalmente, ¿cuáles serían esos valores inclusivos y universales sobre los cuáles construir un consenso?

La humanidad cambió mucho desde las épocas de Platón o Tomás Moro. Esto nos lleva a afirmar que no es posible imaginar o intentar concretar utopías de ningún tipo mientras persistan desigualdades o privilegios: sólo tiene que haber lugar para ciudadanos con las mismas obligaciones y los mismos derechos. O, como se afirma en la bioética: es a partir del principio de la responsabilidad que se debe enfrentar la crisis ecológica del presente.

Este principio de responsabilidad esgrimido por la bioética -según Teodora Zamudio⁵ y que yo comparto- no me lleva, sin embargo, a sostener que el sujeto de la utopía deba ser simplemente ecologista o apenas ecologista. Lo que me interesa de este principio de responsabilidad es el énfasis que pone en la conciencia moral que la civilización tecnológica del presente debería cultivar. Es decir, una responsabilidad social que incluya una conciencia de la crisis ecológica, aunque no olvide las otras responsabilidades sociales necesarias que permiten que una utopía agraria sea universal e inclusiva. En este sentido, cabe volver a Zamudio cuando afirma que:

la filosofía ambiental inspira la utopía de una civilización ecológica e impulsa un nuevo proyecto político (económico y social) en la humanidad posmoderna. Como punto de partida, denuncia el peligro de la dinámica expansiva de la civilización industrial en sí misma y reubica la dialéctica del progreso [...] (ZAMUDIO, 2004)

162

Sin embargo, como explica Zamudio luego, esta conciencia ecológica no implica que todo se resuelva con una “eco-dictadura universal”. En realidad, o al menos eso es lo que me parece, es que está hablando de un sujeto nuevo, portador de una nueva ética. Este sería el sujeto de la utopía contemporánea: un sujeto que se haga cargo del equilibrio natural, sin olvidar sus responsabilidades para con el resto de la sociedad y para la justicia y la equidad.

No se trataría, evidentemente, del proyecto moderno del sometimiento de la naturaleza a la racionalidad humana o divina, ni tampoco de la subordinación de los desprovistos de bienes o marginalizados en beneficio de unos pocos. La utopía contemporánea requiere un sujeto guiado por el principio de responsabilidad socio-ecológico. Sin embargo, ¿sería posible de alcanzar en una realidad tangible o debería ser tomado como una orientación general, como un ideal inalcanzable, aunque necesario?

⁵ Como afirma Teodora Zamudio: “La pregunta de la ética es, entonces, ¿cómo debemos vivir o al menos sobrevivir, pero conciliando el imperativo de la sobrevivencia con la dignidad humana, conciliación que es el centro de la antropodicea? La mega crisis exige la fundación de una macro ética planetaria basada en el principio de responsabilidad, que represente una nueva etapa de la conciencia moral de la civilización tecnológica, y se formula así: ‘Actúe de manera que las consecuencias de sus acciones sean compatibles con la permanencia de la vida genuina en la tierra’” (ZAMUDIO, 2004).

A modo de conclusión provisoria: una historia de piratas

La historia muestra que existen, o posiblemente existieron, utopías concretas e históricas que, a pesar de no conseguir permanecer por mucho tiempo, lograron al menos hacer viables algunas de las condiciones que nos parecen esenciales en un proyecto utópico: universalidad sin exclusiones, respeto por la naturaleza, justicia social.

Noten que acabo de decir que “la historia muestra que existen, o posiblemente existieron, utopías concretas”. La cautela al afirmar “existen o posiblemente existieron” se debe al hecho de no haber sido posible saber si una de las más conocidas utopías llamada *Libertatia*, o “República de los mares”, fue un hecho histórico o simplemente un producto de la fantasía de Daniel Defoe (2003).⁶

Al parecer, el fundador de esta utopía concreta, que duró casi veinticinco años, entre fines del siglo XVII y comienzos del XVIII, fue el pirata Misson, junto con un sacerdote italiano llamado Caraccioli. Varias de las descripciones de esta historia sostienen que, mientras Misson navegaba por la costa de Madagascar, descubrió una hermosa bahía,

con tierras fértiles, agua fresca y nativos amistosos. La isla de Madagascar todavía no había sido reclamada por las potencias imperialistas de la época. En estas tierras, los piratas construyeron *Libertatia*, renunciaron a sus títulos de inglés, francés, holandés o africano y dieron el nombre de Liberi. Crearon su propio lenguaje, una mezcla políglota de lenguas africanas con francés, inglés, holandés y el nativo malgache. Los “Liberi”, “Enemigos de la esclavitud”, buscaban aumentar su número capturando buques de esclavos. En la costa de Angola, un pirata norte-americano de nombre Tew capturó un barco inglés con 240 hombres, mujeres y niños en las bodegas. Los tripulantes africanos descubrieron muchos familiares y amigos entre los esclavizados, liberándolos de sus grilletes y cadenas, devolviéndoles una nueva vida de libertad. Los piratas se transformaron en productores rurales, teniendo tierra en común -“ningún cerco separaba cualquiera de las propiedades particulares de un Hombre”. El fruto del botín y de las riquezas conseguidas en el mar eran “depositados en el Tesoro común, el Dinero no tenía Uso allí donde todas cosas eran en común”. *Libertatia* fue hecha para perdurar. Allí todos los hombres eran iguales, no había esclavos, ni venganza,

⁶ La debatida autoría de Defoe sigue hasta nuestros días, ver al respecto “Captain Mission’s Libertalia and Pirate Utopias”, tesis que escribiera en 2018 Bára Skorkovská en la Masaryk University Faculty of Arts (Brno, República Checa). La misma tesis discute la noción de “utopías de piratas”, pertinente para este ensayo y que es posterior a la publicación de la primera versión del mismo (SKORKOVSKÁ, 2018).

ni violencia innecesaria, ni avaricia, ni opresión por dinero, poder o religión. Misson murió durante la defensa de *Libertatia*.⁷

Mi germinador infantil parecía una realidad tangible, a pesar de ser de laboratorio, y las peripecias de Robinson Crusoe, en mi primera e ingenua lectura, me hicieron creer en el heroísmo y en el valor de la voluntad de sobrevivencia del ser humano. Sin embargo, esta otra historia - de o atribuida a Defoe- en su equívoco *status* entre historia real y fantasía propone algo que todavía hoy me parece pertinente. Me refiero a los elementos que vengo llamando centrales en cualquier utopía: universalidad, inclusión, convivencia armoniosa con la naturaleza, eliminación de todo tipo de frontera o muro. El hecho de que se trate de una historia de piratas no le quita valor. En primer lugar, porque se trata de piratas arrepentidos o de piratas anti esclavistas, y, en segundo lugar, porque el principio tan desprestigiado del término “pirata” merece un nuevo examen, como lo merecieron los de marginal y similares.

164

Al fin de cuentas, aquellos que escriben las historias oficiales, en estos tiempos globalizados, usan el término “utopía” para desacreditar las aspiraciones de los que buscan un futuro mejor, del mismo modo que los que rechazan toda y cada una de las tentativas de buscar la democratización del acceso a la información, o incluso el uso de nuevos medicamentos, son muchas veces tachados de piratas. No se trata de defender la piratería como sinónimo de maldad, sino de reafirmar que algunos usos libres y utópicos de los bienes sociales suelen ser despreciados por quienes no quieren una sociedad justa, ni intentan propiciar espacios de armonía universal. En suma, se trata del hecho de que el sujeto de la utopía, o de quien aspire a un mundo mejor, es, básicamente, un ciudadano libre, y la libertad, a veces, como la de los piratas de *Libertatia* tiene un ojo tapado.

⁷ El capítulo II, en donde se describe la historia de Misson titulado “Of Captain Misson” – atribuido a Daniel Defoe– aparece en el enlace ya citado en la nota 5 (DEFOE, 2003). La cita que se transcribe, sin embargo, es una síntesis de lo que se supone escribió Defoe y aparece en distintos sitios *web* como los siguientes: https://www.taringa.net/+ciencia_educacion/libertatia-una-historia-epica-sobre-pirateri_13rfg1 y <http://afilandonuestrasvidas.blogspot.com/2010/02/una-historia-sobre-pirateria-libertaria.html>

REFERENCIAS

- BELLO, Andrés. “Silva a la agricultura de la zona tórrida” en Andrés Bello *Obras completas*. Tomo 2: *Borradores de poesía*. Caracas, Ministerio de Educación, 1962.
- BLOCH, Ernst. *El principio esperanza*. Tomo I. Madrid: Aguilar, 1977.
- BUTLER, Judith. “Restating the Universal: Hegemony and the Limits of Formalism” en Judith Butler, Ernesto Laclau, Slavov Žizek. *Contingency, Hegemony, Universality Contemporary Dialogues on the Left*. London: Verso, 2000.
- DEFOE, Daniel. *Of Captain Misson*. 1 de mayo de 2003. Disponible en: <https://www.gutenberg.org/files/7779/7779-h/7779-h.htm>
- DEFOE, Daniel. *Robinson Crusoe*. Prólogo de J. M. Coetzee. Trad. Julio Cortázar. Barcelona: Mondadori, 2004.
- MEARES, Hadley. “Did the Utopian Pirate Nation of Libertatia Ever Really Exist?” 14 de diciembre de 2015. Disponible en: <https://www.atlasobscura.com/articles/did-the-utopian-pirate-nation-of-libertatia-ever-really-exist>
- MORO, Tomás. *Utopía*. Madrid: Ediciones Rialp, 1989.
- MURGEL STARLING, Heloisa Maria et al. (orgs.). *Utopias agrárias*. Belo Horizonte: UFMG, 2008.
- SCHWARZ, Roberto. *Misplaced Ideas. Essays on Brazilian Culture*. Trad. John Gledson. London: Verso, 1992.
- SKORKOVSKÁ, Bára. *Captain Mission’s Libertalia and Pirate Utopias*. Tesis de Masaryk University Faculty of Arts. Brno, República Checa, 2018. Disponible en: <https://theses.cz/id/yajzfm/?lang=en>
- VIRGILIO. *Geórgicas*. Buenos Aires: EUDEBA, 1989.
- ZAMUDIO, Teodora. *Ética ambiental*. Santiago de Chile: COPESA, 2004. Citado por Díaz Coutiño, Reynol y Escárcega Castellanos, Susana en *Desarrollo sustentable. Una oportunidad para la vida*. Distrito Federal: McGraw-Hill Interamericana. 2009. Disponible en: <https://dokumen.pub/desarrollo-sustentable-una-oportunidad-para-la-vida.html>

Resumen: El ensayo sobre *utopías, exclusiones y naturaleza* explora parcialmente las distintas utopías imaginadas en Occidente a la vez que relaciona vivencias personales y la problemática de la exclusión. Revisa la obra de Defoe, pero también se plantea las tensiones entre universalidad y exclusión, así como también entre utopía e inclusión/exclusión. El mercado, la actualidad del siglo XXI y del sujeto de la utopía marcan los desafíos y articulan una reflexión que viene de lo personal y aspira a interpelar a las diversas audiencias.

Palabras clave: Utopía, Naturaleza, Exclusión, Sujeto, Libertad

Abstract: This essay on “*utopías, exclusiones y naturaleza*” performs a partial exploration of different utopias imagined in the Western world, while it relates personal experiences to the issue of exclusion. It revises the work of Daniel Defoe, but it also discusses the tension between universalism and exclusion, and between utopia and inclusion/exclusion. The market, the current situation in the 21st century, and the subject of utopia suggest challenges and articulate a reflection that comes from the personal experience and aims at questioning a diverse readership.

Keywords: Utopia, Nature, Exclusion, Subject, Liberty